

# EL JOVEN AURELIO

ÁNGEL ROJO FERNÁNDEZ-RÍO\*

Excmo. Sr. Rector; Ilustrísima Sr<sup>a</sup> Decana, Excmo. Sr. Jefe de la Casa de Su Majestad el Rey; Excmo. Sr. Director Honorario de la Real Academia de la Lengua; queridos colegas; Señoras y Señores:

## I.

1. Profesor e investigador, siempre en Universidades públicas; creador de la que, durante muchos años, habría de ser considerada la mejor Facultad de Derecho española; hacedor e impulsor de leyes; político en los años de la transición a la democracia; cofundador de uno de los más prestigiosos despachos de abogados españoles, académico de la Real de Jurisprudencia, esas –ya se ha dicho– son algunas de las señas de identidad de aquel que en este acto evocamos. Pero quienes le conocimos sabemos que en esa maraña de titulaciones se puede, y se debe, distinguir entre lo esencial y lo accidental. Y lo esencial, en el caso de Aurelio Menéndez, ha sido su condición de profesor universitario. Es esa específica condición la que ahora nos convoca.

Pero ¿cómo llegó a serlo? ¿Cómo se fue formando el maestro? A ese proceso, estarán dedicadas mis palabras en este acto, en el que tantas cosas se agolpan en el corazón de quienes con él, hace tantos años, emprendimos la singladura de la, como él decía, siempre hermosa aventura universitaria.

## II.

1. El 7 de octubre de 1957 se constituyó, bajo la presidencia de Joaquín Garrigues, el Tribunal nombrado para la provisión de las Cátedras de Derecho mercantil de las Univer-

---

\* Catedrático de Derecho mercantil en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid.

sidades de Granada, Santiago y La Laguna, convocadas por Orden ministerial de 6 de junio del año anterior. Cinco era el número de los firmantes que habían sido admitidos definitivamente a participar en aquellas oposiciones, pero uno de ellos, Manuel Olivencia, aquejado de una grave enfermedad pulmonar, no pudo presentarse. Ese día el Tribunal entregó a los opositores una relación de 25 temas de entre los que, por sorteo, habría de elegirse uno para la práctica del sexto ejercicio y, también por sorteo, se determinó el orden en que habrían de intervenir. El primero en ese orden fue Aurelio Menéndez, que el día 1 de mayo anterior había cumplido treinta años.

¿Quién era aquel joven, alto, delgado, de tez blanca, con pelo no muy abundante en el que algunos destellos rojizos irradiaban a veces, que, con nombre de rey de la Monarquía asturiana y apellido repetido, aspiraba a la Cátedra?

2. Hijo de un comerciante al por mayor de «coloniales», con establecimiento en un barrio de la villa de Gijón, había estudiado Derecho en la Universidad de Oviedo, y allí otro gijonés, Torcuato Fernández-Miranda –y cito sus propias palabras– le había raptado para la Universidad. Entre sus compañeros de curso nadie dudaba que aquel alumno –serio, austero, inteligente, trabajador– prepararía oposiciones a Cátedras de Derecho político.

Sin embargo, recién terminada la Licenciatura –naturalmente, con premio extraordinario–, comunicó a su maestro, mientras paseaban por los alrededores del Palacio de La Magdalena, en Santander, que había decidido dedicarse al Derecho mercantil, un Derecho que había visto vivo en el almacén paterno (compraventas de mercaderías, préstamos sociedades, letras de cambio) y en las operaciones que estaban detrás de las idas y venidas de los buques en el puerto de El Musel y de las operaciones de carga y descarga.

La desolación de Fernández-Miranda fue absoluta; y la sensación de traición –de traición a la persona y a los ideales–, muy intensa.

Había, sin embargo, dos razones, una subjetiva y otra objetiva, que podían explicar ese cambio aparentemente inesperado y abrupto. La razón subjetiva, el fallecimiento de su padre, cuando el joven Aurelio cursaba cuarto curso de la Licenciatura. En la previsible larga etapa de preparación de las oposiciones –pues las Cátedras de Derecho político de las doce Universidades españolas estaban ocupadas y larga era la lista de quienes esperaban el lento discurrir de las jubilaciones– no debía ni podía contar con la ayuda familiar. Aunque no era muy diferente la situación de las Cátedras de Derecho mercantil, la dimensión práctica de la materia le podía permitir subsistir, si fuera necesario, compatibilizando estudio y clases con colaboraciones, más o menos esporádicas, con algún despacho de abogados. La segunda razón de ese cambio era, si cabe, más honda y también más delicada de exponer: Menéndez quería dedicarse al Derecho constitucional, y no al Derecho político; pero en la España de la época faltaba el presupuesto necesario –mejor, imprescindible– para esa dedicación: no había Constitución, ni atisbos fundados de que pudiera haberla a corto o, al menos, a medio plazo. Quienes se dedicaban al Derecho político explicaban Historia de las ideas políticas, sociología política o, a lo más, Derecho constitucional comparado. Difícil

decírselo a un hombre del Régimen anterior, que no tardaría en ser nombrado Rector de la Universidad en la que profesaba.

Quizás hubiera una tercera razón que Aurelio Menéndez no explicitó, bien por pudor, bien por no ser muy consciente de ella. Me refiero a cierto complejo de inferioridad que, con frecuencia, tenían los mejores expedientes de las Universidades provincianas. En aquella Universidad fundada por el arzobispo Valdés Salas, en cuya Facultad de Derecho pocos eran los Catedráticos y menos los maestros, no era difícil destacar, pero –y he aquí el interrogante– ¿la valía acreditada estaba al mismo nivel que la de los mejores expedientes de la Facultad de Derecho de la Universidad Central en la que enseñaban los más relevantes talentos de la ciencia y del foro?

3. En 1951, con una simple tarjeta de presentación, escrita por Salvador Lisarrague, Catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Oviedo, se presentó Aurelio Menéndez en el despacho de Rodrigo Uría, otro asturiano –esta vez de la ciudad de Oviedo, con nombre de rey visigodo–, Catedrático de Derecho mercantil en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid. Se desplazó a pie desde la Avenida de la Reina Victoria hasta el mítico número 48 de la calle Núñez de Balboa después de haber cronometrado el recorrido. Ni taxis, ni autobuses, ni metro. Por si acaso.

Aquella primera entrevista fue descorazonadora. Los temas de tesis doctoral que propuso Menéndez –la clientela, la comunidad hereditaria que explota el negocio tras el fallecimiento del comerciante individual– fueron rechazados, con plena lógica. «Antes que nada –le dijo Uría–, estudie idiomas. Tiene usted que dominar los esenciales y, por supuesto, el alemán. Luego ya hablaremos».

En aquellos primeros meses, estudiando idiomas y leyendo tratados y monografías en la biblioteca de la Facultad de Derecho –la de Políticas y Económicas apenas si tenía libros–, fueron muchos los instantes en que aquel doctorando sin tesis decidió abandonar y regresar al Gijón natal. Lo impedía no solo el pundonor, sino también el ambiente intelectual que, como colegial del Cisneros, vivía al final de las largas jornadas. ¿Cómo podía regresar aquel a quien el poeta José Ángel Valente habría de dedicar los muchos heptasílabos del poema titulado «Patria, cuyo nombre no sé»?

Un primer rayo de esperanza se produjo cuando Don Rodrigo consideró muy acertada la propuesta de que la tesis versara sobre la venta CIF; y esa esperanza se convirtió en certeza cuando el doctorando, ya con tema de tesis, presentó a Uría unas cuantas páginas sobre la transmisión de la propiedad y de los riesgos en la compraventa mercantil, que consideraba podían constituir uno de los primeros capítulos de esa tesis. Uría leyó esas páginas detenidamente y, de forma inesperada, al término de la larga lectura, le dijo: «Esto hay que publicarlo inmediatamente. Hace usted una interpretación de los artículos del Código de comercio en contra de la que defiende Garrigues, que a mí nunca me ha convencido. No lo arregle. Lo podría estropear». Y el trato, hasta entonces distante, terminó para siempre. Casi inmediatamente Menéndez fue nombrado ayudante de clases prácticas. Tenía 24 años.

3. Pero volvamos a las oposiciones a Cátedra de Universidad. Antes, ya Doctor –naturalmente, también con premio extraordinario–, había obtenido con el número uno la Cátedra de la pomposamente denominada Escuela de Altos Estudios Mercantiles de Bilbao –en realidad, una Escuela de comercio– en un tribunal presidido por Rodrigo Uría, en el que como lección presentaría un trabajo –los auxiliares del empresario– destinado a convertirse en un clásico sobre la representación mercantil–. En 1955 se incorporó a la Escuela; y contrajo matrimonio con Mercedes, su novia desde hacía once años, que habría de ser su apoyo y su complemento a lo largo de la vida, y madre de sus siete hijos; y, al crearse, por Decreto del Ministro Joaquín Ruiz Jiménez, la Facultad de Ciencias Económicas de Bilbao, adscrita a la Universidad de Valladolid, pasó a compatibilizar la Cátedra de la Escuela con la Secretaría de la nueva Facultad –de la que, a distancia, era decano José Girón Tena– y con las enseñanzas en ella de las asignaturas de Derecho privado.

4. ¿Cómo fueron las oposiciones a Cátedra de Universidad? Por fortuna se conserva el cuaderno en el que Joaquín Garrigues apuntaba lo que consideraba más relevante de cada ejercicio.

Las oposiciones se iniciaron el 17 de octubre de 1957, diez días después de la presentación. En el primer ejercicio, sobre la vida y la obra realizada, Aurelio Menéndez citó a San Agustín y, al explicar la vocación por la docencia, la cita fue de Laín. Al final, en ese cuaderno escribe Garrigues: «Bien. Preciso. Claro. Dueño de la palabra. Buenas dotes de exposición». En el segundo ejercicio, sobre el concepto, método y fuentes del Derecho mercantil, también recibió un juicio muy positivo.

La lección magistral, estuvo dedicada al seguro múltiple, seguro cumulativo y coaseguro. El cuarto ejercicio, la explicación del profesor sobre un tema del propio programa, elegido por sorteo, se inició a las 9 de la noche y versó sobre la empresa en quiebra, deteniéndose el opositor en la exposición de las especialidades de régimen jurídico de la quiebra de las sociedades mercantiles. En el quinto ejercicio, el Tribunal propuso el comentario del artículo 466 del Código de comercio, en el que, tras prohibir el endoso de las letras de cambio no expedidas a la orden, ni de las vencidas y perjudicadas, se declaraba lícita la transmisión del crédito cambiario «por los medios reconocidos en el Derecho común». Y en el sexto, el sorteo de entre los veinticinco temas en su día fijados por el Tribunal, hizo que los opositores tuvieran que ocuparse de la autoentrada del comisionista.

El 7 de diciembre de 1957 tuvo lugar la votación. Aunque posiblemente Aurelio Menéndez había hecho la mejor oposición, el Tribunal, no sin discusión, decidió dar el número uno a Miguel Motos, que ya tenía treinta y nueve años. Motos era discípulo granadino de Antonio Polo durante el destino forzado de este en la Universidad de Granada. Sin embargo, el civilista Antonio Hernández Gil, que formaba también parte del Tribunal, se negó a esta solución y votó a Menéndez para el número uno. El número tres fue para el más joven, Fernando Sánchez Calero.

### III.

1. Aurelio Menéndez eligió la Cátedra de la Universidad de Santiago de Compostela, de la que era Rector Legaz Lacambra y en cuya Facultad de Derecho habría de establecer una relación de estrecha amistad con Sebastián Martín-Retortillo. A poco de incorporarse a la Universidad de Santiago, Menéndez habría de emitir su primer dictamen, que versó sobre el sistema de representación proporcional para acceder al Consejo de administración.

No fue larga la permanencia en aquella Universidad. A finales de 1959, el Boletín Oficial del Estado anunció que estaba vacante la Cátedra de Derecho mercantil de la Universidad de Salamanca (que en 1943 había sido la primera ocupada por Uría). Aurelio Menéndez se apresuró a firmar la instancia para participar en el concurso de méritos, pero, con gran inquietud, pronto conoció que también había presentado esa solicitud otro Catedrático de Derecho mercantil, mucho más antiguo que él en el escalafón, aunque en situación de excedencia, y que, desde hacía tiempo, no se dedicaba a la docencia ni a la investigación. Al conocer que serían dos los participantes, Menéndez solicitó audiencia al Ministro de Educación Nacional, el también mercantilista Jesús Rubio García Mina, y, a pesar de su habitual prudencia y comedimiento, formuló al Ministro la siguiente petición: «Sólo le pido, Don Jesús, que el Tribunal esté formado exclusivamente por mercantilistas», y, tras una pausa, añadió: «¡Y que esos cinco los proponga mi contrincante!». Por Orden de 27 de octubre de 1960, Aurelio Menéndez fue nombrado Catedrático de Derecho mercantil de la Universidad de Salamanca. En aquella Universidad habría de tener sus primeros discípulos: Mercedes Vergez y Aníbal Sánchez Andrés; y ser profesor de jóvenes llamados a destinos importantes en la Universidad y fuera de ella. Entre los primeros, Rafael Calvo Ortega y Fernando Rodríguez Artigas; entre los segundos, Arístides Royo y Fernando Ledesma.

2. Salamanca se presentaba como un destino de larga permanencia. No era razonable pensar en Madrid: otros muchos, más antiguos –como el propio Girón Tena – aspiraban con pleno derecho a cubrir la primera vacante que se produjera en la Universidad Central; y tampoco era razonable pensar en Oviedo, en la que enseñaba Julián Aparicio, que ocupaba la Cátedra desde 1949 y al que aún quedaban muchos años en activo. Pero en 1962, Aparicio, contra todo pronóstico, se incorporó al Claustro de profesores de la Universidad de Navarra, fundada algunos años antes. Oviedo apareció en el horizonte.

Por Orden Ministerial de 31 de enero de 1963, Aurelio Menéndez fue nombrado, por concurso de traslado, Catedrático de su querida Universidad de Oviedo. Allí estaban las dos familias; allí estaban muchos de los amigos. Oviedo era el origen y el destino. ¿El destino?

La vida es imprevisible y los sueños, incluso los más secretos, a veces se cumplen.